

Primacía de España en la lírica de Europa

Escribe: **BENIGNO ACOSTA POLO**

El título de este conato de ensayo no es completamente mío. En gran porcentaje lo debo a Dámaso Alonso, quien mucho ha contribuido a mi orientación estética y estimulado mis aficiones a la lingüística y estilística. Hace siete años regaló al mundo hispano con una obra monumental, como todas las suyas: *Primavera temprana de la literatura europea*. Yo me propongo hablar de la primavera temprana de la lírica española, o sea de su primacía en las lenguas modernas de Europa, incluyendo las que no son de antecedentes románicos. La razón de este sesgo es fácil explicarla. La obra de Alonso comprende tres ensayos que se remontan más allá de las conocidas fronteras señaladas a la lírica, a la épica, y a la novela del mundo románico, por tratadistas de todas las procedencias. El primero de sus ensayos lo dedica a expresiones líricas de estirpe arábigo-española que ubican el origen de nuestra lírica —y digo nuestra lírica porque formamos unidad espiritual con España, a causa del armonioso y viril idioma que nos legara— en los comienzos del siglo XI y no en el XIII, como por involuntaria indocumentación habían sostenido Menéndez Pelayo, y con reservas dictadas por su intuición genial, el propio don Ramón Menéndez Pidal. Este, sin poder demostrarlo, pero guiado por agudas y lógicas conjeturas, venía sosteniendo, desde hace 60 años, que el lirismo virginal de España tenía que remontarse, necesariamente más allá del siglo XIII.

Como primera manifestación de la lírica española era tenido el celebrado poema *Razón de amor*, que todos los tratadistas hacen remontar al siglo XIII. Por su estructura, por su acento, por su intención, ese poema se emparenta con la poesía arcaica gallego-portuguesa, y ha sido atribuído, sin fundamento, a un tal Lope de Moros, que no fue sino un modesto copista, y porque al final del último verso aparece diciendo que él la hizo. Por cierto que este documento poético, en su códice más antiguo no fue descubierto en España, sino en el Museo de París, en 1887. Con ese poema, como el más remoto jalón cronológico de nuestra poesía, Francia figuraba, hasta hace poco, como delantera, pues la lírica de Europa Occidental comenzaba en el siglo XII, con los cantos provenzales de Guillermo, conde de Poitiers y duque de Aquitania. Claro está que a ningún pueblo o idio-

ma se le puede marcar una granítica línea cronológica en materia de poesía, menos en la lírica, porque esta es la expresión escrita del canto, que nace con el hombre. Todo ser humano se conmueve y siente el deseo de cantar, ya jubilosamente, inspirado por la majestad de un paisaje que nos hace vislumbrar la grandeza de Dios; ora para traducir la emoción que el hombre experimenta cuando su mujer, colaborando con el mismo Dios, le ofrece un hijo. Quienes no sabemos ni podemos cantar, por no haber nacido con ese don envidiable, remplazamos el canto, bien sea jubiloso o triste, con la interjección. De ahí que tenga sobrada razón Menéndez Pidal cuando se resiste a aceptar que la lírica española tuviera como límite el siglo XIII, pues el genio poético tuvo que ser expresado mucho antes en las diversas formas idiomáticas que fue adquiriendo nuestro romance hasta el momento en que se unificó y convirtió en esa prodigiosa lengua que cada día encuentro más bella y armoniosa y más incrustada en mi sangre y en mi ser.

PRIMERAS MANIFESTACIONES LIRICAS

Al lado de *Razón de amor* esplenden, durante esa aurora, diversas manifestaciones de nuestros cantares con los nombres de tonadillas, romancillos, letrillas, cantigas, villancicos, serranillas y ese portento poético que se llama el romancero español. Tales expresiones líricas tomaron diversas formas y distintas denominaciones estróficas, según la época, la región y el ancestro. El aluvión latinizante, mezclado a ocho siglos de sedimento árabe —en pugna y en intercambio—, al mismo tiempo que con elementos góticos, vascos, celtíberos y hasta fenicios, originó múltiples dialectos, entre los cuales el castellano fue uno de ellos. Algunos persisten y tienen sus cantores populares y aun eruditos, como el aragonés, el valenciano y el gallego. Pero el aporte más valioso, después del latín, es el árabe. Nuestro idioma cuenta con no menos del treinta por ciento con genes arábigos.

DEL ZEJEL Y LA MUGUASAJA (MUWASSAHA)

En aquellos remotos orígenes florece una canción que nada tiene que ver con las canciones latinas. Aludo al *zéljel*, criatura de ascendiente árabe y que mucho se relaciona con el villancico y con otra modalidad estrófica que da primacía a nuestra lírica en el panorama poético de Europa. Sus mejores exponentes los tuvo en Córdoba, la morisca y legendaria. He aquí un *zéljel*, tomado de *Poesía árabe y poesía europea*, una de las obras doctas de Menéndez Pidal:

Vivo ledo con razón,
amigos, toda sazón.

*Vivo ledo sin pesar,
pues amor me fizo amar
a la que podré llamar
más bella de cuantas son.
(Vivo ledo con razón, et.).*

*Vivo ledo y viviré,
pues que de amor alcancé
que serviré a la que sé
que me dará galardón.
(Vivo ledo con razón, etc.).*

Este canto amoroso, tomado del *Cancionero* de Baena, es un verdadero *zéjel*, dentro de su tradición arábigo-andaluza. Como podrá observar el lector, consta de una "entrada" o "estribillo" aconsonantado, que cantaba el coro. Le sigue una estrofa de cuatro versos, de los cuales los tres primeros son monorrimos, y el cuarto con igual consonancia a la del estribillo, y por ello le llaman "vuelta". Esta estrofa era cantada por el solista.

Con el correr de los años el *zéjel* ha tomado formas diversas, movilizándose dentro de metros distintos, pues sus versos pueden ser de seis, de diez y hasta de doce sílabas, o de metro desigual como la lira. Lo esencial es la combinación arriba dicha, y por eso reúne las características de *zéjel* esta *letra* o canción de Juan Alvarez Gato (siglo XV), uno de los más grandes poetas de su época, injustamente olvidado, no obstante de "que habló perlas y plata", según el decir de Gómez Manrique:

*Venida es venida
al mundo la vida.*

*Venida es al suelo
la gracia del cielo
a darnos consuelo
y gloria cumplida.*

*Venido es en quien
por el que fue escogido.*

En nuestros días tiene mucho del zejelesco una canción del nunca bien llorado García Lorca, con la diferencia de que sus estrofas son de cuatro versos sin estribillo y hexasílabos, como podrá observarse por dos de ellas:

*Una clara noche
de fiesta y de luna,
noche de mis sueños,
noche de alegría.*

*Era luz de mi alma
que hoy es bruma toda,
no eran mis cabellos
negros todavía.*

Y ahora algo que conviene precisar: al *zéjel* también se le dio el nombre de *muguasaja*, pero esta se diferencia esencialmente de aquel en que fue escrita en árabe clásico, en tanto que el cantar de que venimos hablando, originariamente es escrito en árabe vulgar, con abundante mezcla de dialectos hispanos. Su estructura métrica es igual y coinciden en que ambos finalizan con un estribillo llamado *jarcha*, que significa *salida*.

EL FELIZ HALLAZGO

Estas canciones han servido para otorgar primacía lírica a España en la tradición que afloró en Occidente cuando el latín dejó de ser lengua viva. Este feliz hallazgo, que ubica a la Madre Patria en el más temprano amanecer de la poesía sentimental europea, cumplió un itinerario que conviene clarificar. En 1948 el semitista alemán Samuel Stern conmovió al mundo de la filología y la lingüística con la revelación de algo inesperado, que trastornó, por completo, los cimientos de la historia literaria. Había descubierto veinte *muguasajas* hispano-hebráicas, cuyas estrofas finales o *jarchas* aparecían escritas, no en hebreo ni en árabe, como las antes conocidas, sino en dialecto mozárabe, es decir, con mezcla de arábigo y español.

Antes de Stern y con base en informaciones de algunos escritores árabes bien enterados, se llegó al conocimiento de que existían *muguasajas* de la estructura antes dicha, con *jarchas en español*, cuyo texto había permanecido ignorado. Su Cristóbal Colón lo reveló, en 1949, en un estudio publicado en la revista "Al-Andalus", con el título de "Una *muguasaja* árabe con terminación española". De esta manera España se convirtió en la depositaria afortunada del primer micropoema escrito en lengua vulgar, con mucha anterioridad a los más remotos poemas provenzales. Es su autor un tal Joseph el Escriba, quien celebró, en la *muguasaja* respectiva, al visir granadino Samuel ben Negrella y a su hermano Isaac, y fallecido en 1042. Si, como es lógico deducir, la escribió con anterioridad a su muerte, ese primer momento lírico tuvo su orto antes del *Mío Cid*, y se anticipa, en más de cien años, a Guillermo de Poitiers, de quien dijo Jeanroy que había escrito: *les plus anciens de tous les vers lyriques dans une langue moderne*.

LUZ Y MUSICA

Veamos ahora algunas de esas cancioncillas que inesperadamente dieron piadosa sepultura a la equivocada tesis de los provenzalistas; cancioncillas que llegan hasta nosotros desde "una hondura lóbrega de la Edad Media tibias, dulcemente encendidas de una luz diaria y de una belleza de las que nada sabíamos". ¿Por qué las encuentra "tibias y dulcemente encendidas", Dámaso Alonso, ese famoso maestro español? Por una sencilla razón que silencia, pero que adivinamos al leer esas *jarchas*. Casi todas, a pesar de los temas nada amorosos a que en su mayoría parecen ligadas, finalizan, como lo afirma Stern, con lamentaciones salidas de una

mujer que ama, casi sin ser correspondida. Por ese aspecto se emparentan con las populares cantigas gallego-portuguesas llamadas "del amigo", o "del amado", o "li-l-habib", como sabrosamente dicen los árabes.

Ahora acerquemos el oído para escuchar el mensaje de algunas de estas criaturas plasmadas de luz y de música. He aquí la número 4, con su mezcla deliciosa de vocablos árabes y de español amaneciente:

*Vayse meu corachón de mib,
ya, Rab, si se me tornarad?
Tan mal meu doler lil-habib!
Enfermo yed, cuándo sanarád?*

He aquí su texto vertido al español: "Mi corazón se va de mi. ¡Oh Dios! ¿Acaso se me tornará? ¡Tan fuerte es mi dolor por el amado! Enfermo está: ¿cuándo sanará?".

Esta jarcha es de las más divulgadas. Su autor es Judá Leví, y la escribió para un su amigo de nombre Abraham. Varias son las versiones que se le han dado, pero la más impregnada con la intención del poeta, es esta paráfrasis de Cantera: "Mi corazón se parte por una cervatilla que tiene sed de verle. Hacia el cielo levanta su puro rostro lleno de lágrimas". Están llenos de lágrimas desde el día en que le dijeron: "Enfermo está tu amigo", y por eso exclama: "Está enfermo tu amigo, cuándo sanará?".

Tanto Alonso como Menéndez Pidal y José M. Blecua relacionan esta *jarcha* con una estrofa de Gil Vicente, en la cual son notables las coincidencias:

*Vanse mis amores, madre,
luengas tierras van morar,
y no las puedo olvidar.
¿Quién me los hará retornar?*

También es de intenso lirismo la jarcha número 14:

*Garid vos, ay yermanellas
com contener a meu mali?
Sin él habib non vivreyu
ed volarei demanderi.*

La traducción más aproximada de esta *jarcha*, que Menéndez Pidal transcribe con algunas variaciones, en mi modesto pensar no acomodadas a la intención del autor, es esta que trae Alonso: "Decid vosotras, oh hermanillas, ¿cómo refrenaré mi pesar? Sin el amado ya no viviré, y volveré a buscarlo".

Una de las más difíciles de aclarar es la número 3, también de Judá Leví. Con la pericia interpretativa de cuantos han colaborado en su esclarecimiento, se ha llegado a algo que parece lo más acertado:

*¿Des cand meu Cidello venid
com'rayo de sol éxid
tan bona albixara?
¡En Wad-al-hayara!*

Apartándome un poco de la traducción de eminentes arabistas españoles, así ofrezco la mía: “Desde el momento en que mi Cidello llega, ¡oh qué buenas albricias; asoma en Guadalajara como un rayo de sol!”.

Sencilla como un *hay-kay* japonés, tan virginalmente lírica como el más acabado de los *hay-kais* es la jarcha número 15, que el poeta pone en labios de una ciudad, pero que a mi parecer no es sino la representación simbólica de una mujer enamorada:

*¿Qué faré yo o qué serad de mivi?
Habibi,
non te tolgas de mivi.*

Así es traducida: “¡Amigo, no te apartes de mí! ¿Qué haré, qué será de mí si tu me abandonas?”.

Estas *jarchas* que suman veintiuna, recorren, por lo que se deja dicho, el telón nebuloso que impedía ver la temprana aurora de la lírica nuestra, y repito que nuestra, pues España y América son una en su lengua y su manera de sentir. Una en la trayectoria que se inicia con las *jarchas* y se prolonga hasta nosotros a través de Garcilaso, de Fray Luis, de Bécquer, Machado, García Lorca, Silva, Valencia, de Maya, y hasta de nuestras Gabriela Mistral y Meira del Mar, “jarchas” metaformoseadas en mujeres, por su hechizo poético, pleno de misterio y dulcedumbre como esa canción primigenia de nuestro idioma.

EL PRIMER VAGIDO DE NUESTRO IDIOMA

Pero esta lengua nuestra, que usamos a cada instante y que utilizamos para verter por medio de ella nuestro pensamiento y nuestro corazón, lleva a que nos preguntemos con inquietud: ¿Cuándo sonó por primera vez, incontaminada de lastres latinos y árabes y demás elementos extraños? Hasta hace poco la lingüística daba esta respuesta: “El español actual es latín que en el siglo XX se habla en España”. O lo que es igual: El latín se convirtió en español a lo largo de una evolución lentísima y constante, como si nunca pudiéramos decir: Aquí está la partida de bautismo del recién nacido. Así se excusaba la ciencia de una respuesta exacta, hasta que un día Menéndez Pidal pudo demostrar que la lengua que hablamos ya vivía entre los siglos X y XI. Entre las glosas del Monasterio de San Martín de la Cogolla, escritas en el siglo X, se conserva

un trozo, hace poco hallado, que es, sin duda, el primer vagido de nuestra lengua. Un monje escoliaba cierto sermón de san Agustín. De pronto, al terminarlo, el monje, agradecido, sintió que de su corazón devoto nacía la primera flor de nuestro idioma. He aquí el trozo venerable divulgado por Menéndez Pidal: “Con la ayuda de Nuestro Señor Don Cristo, Don Salvador, Señor que está en el honor y Señor que tiene el mando con el Padre, con el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Háganos Dios Omnipotente hacer tal servicio que delante de su faz, su aface, gaudiosos sellamus, que delante su faz gozosos seámos. Amén”.

Este primer vagido de nuestra lengua es, sin que pueda pensarse otra cosa, una oración, no un pacto de alianza ni una capitulación opresora. Hablando de este episodio, Dámaso Alonso hace estas consideraciones que plenamente comparto: “¿Habría sido casualidad este hallazgo? ¿No será más bien que esto tenía que ser así, porque la boca habla de lo que está lleno el corazón? No puede ser casualidad que las primeras frases conservadas en francés sean militares y políticas, o que las italianas se remitan a bienes materiales. Esto no puede ser obra del azar. Es grande la emoción que me llena al pensar que las primeras palabras enhebradas en sentido de oración temblorosa y humilde, tuvieran que ser escritas en español. El César dijo bien que el español es una lengua para hablar con Dios. El primer vagido de nuestro idioma es extraordinario y único entre los de sus hermanas de Francia y de Italia. No se dirige a la tierra: habla con Dios, y no con los hombres”.

Esta lengua nuestra, tan bella, tan armoniosa, tan espiritualmente estructurada, sirvió de instrumento a san Juan de la Cruz para abrir en los corazones y en la mente la vía que conduce a Dios, y es la que se utiliza para expresar cuanto de noble y excelente acuna en el entendimiento, cuando de manera primordial alabamos a Dios o cantamos a la patria.